

“La Fiesta Ritual Del Fandango Como Parte De La Identidad Regional De Los Tuxtlas”

Elías Quero Herrera

Agosto 2013

Resumen

El fandango es una de las principales expresiones culturales que se manifiesta en la actualidad en el sureste Veracruzano, en el siguiente trabajo me propongo analizar cuál es su relación con una de las regiones que ha sido vital para el desarrollo de esta fiesta. El caso particular de “Los Tuxtlas”, nos habla de una manera peculiar de producir el son jarocho es decir, de una narrativa propia que se liga con las actividades campesinas, con la vida cotidiana, con una historia, con un paisaje y con las relaciones humanas que se dan en una zona determinada. Por lo que me dispongo a analizar teóricamente de qué manera esta fiesta puede ser Patrimonio Cultural de México, debido a su importancia histórica y actual.

Palabras Claves: Cultura, Folklorización, Patrimonio Cultural, Región Cultural, Espacio Social, Memoria Colectiva, Identidad Regional.

Un poco de historia

Los elementos rítmicos, melódicos y poéticos que conforman el son jarocho como género musical se van amalgamando lentamente durante los dos primeros siglos de la Colonia, pero es a finales del siglo XVIII y principios del XIX que podemos rastrear la diferenciación de las músicas y danzas regionales de la Nueva España. El son jarocho es principalmente la mezcla de tres universos culturales muy distintos. Por un lado la música que provenía de España debido a la conquista, la influencia africana por la importación de esclavos y el sustrato indígena que ya se encontraba en nuestras tierras. Este tipo de música es originaria principalmente del Sureste de Veracruz.

El son jarocho ha sido considerado durante largo tiempo como uno de los componentes constitutivos de la herencia cultural nacional, incluso en el discurso de los encargados de las políticas culturales estatales o federales, cuando se refieren al patrimonio cultural es difícil que se deje de lado al son jarocho como parte del repertorio “mexicano”.

No ocurre lo mismo con la fiesta tradicional del fandango, debido a que en la mayoría de los casos la puesta en escena lo único que ha hecho es “folklorizar” la

tradición, dejando de lado la tarima para dar paso a la danza del escenario, los zapatos de charol y los abanicos de plástico, olvidando así a los viejos jaraneros rurales. El proceso de “Folklorización” dentro de la cultura obedece a que básicamente desde una perspectiva Gramsciana la clase dominante o hegemónica trata de resignificar determinadas creaciones culturales de los grupos subalternos para poder subordinarlos a su propia ideología y así crear productos que se conviertan en mercancías.

El fandango como parte vital de la cultura

Antes de hablar sobre patrimonio cultural creo que es necesario dar una definición de cultura para poder tratar el tema con una mayor claridad. Para mí cultura es:

“El momento autocrítico de la reproducción que un grupo humano determinado, en una circunstancia histórica determinada, hace de su singularidad concreta; es el momento dialéctico del cultivo de su identidad. Es por ello coextensiva a la vida humana, una dimensión de la misma; una dimensión que solo se hace especialmente visible como tal cuando en esa reproducción, se destaca la relación conflictiva (de sujeción y resistencia) que mantiene – como uso que es de una versión particular o subcodificada del código general del comportamiento humano- precisamente con esa subcodificación que la identifica” (Echeverría 2010, 164).

En este sentido la cultura sería todo lo contrario de resguardado, implica salir a la intemperie y poner a prueba la vigencia de la subcodificación. Debido a esto pienso que el fandango es parte vital de la cultura del sureste veracruzano porque ha sobrevivido desde su creación en las haciendas coloniales hasta nuestros días por el aprecio que le tiene la gente al sentirse identificado de alguna forma, ya sea con la música, con el baile o simplemente como espectadores. Otro de los factores claves que ha servido para que esta fiesta se siga llevando a cabo es que todavía se cuenta con una gran cantidad de jaraneros que siguen con el oficio de la laudaría, produciendo así los elementos necesarios específicamente los instrumentos con los que se puede ejecutar la música dentro de este contexto. Por parte de la gente hay un reconocimiento, al menos dentro de las cabeceras municipales de la región en que existe un día específico en el cual se lleva a cabo el fandango. Este día no es solo reconocido por los que son partícipes de la fiesta, sino también por la gente externa que es espectadora. Otra de las razones por las cuales se ha mantenido vivo, es porque éste se puede llevar a cabo en otros ámbitos de la vida como son: las fiestas patronales, algunos velorios o en diversos compromisos sociales. Considero que el fandango debe ser patrimonio cultural porque la gente lo ve como algo importante al seguirse realizando hasta nuestros días en algunas comunidades e inclusive dentro de las cabeceras municipales.

Los fandangos son contenedores de la memoria común, parte de las viejas familias de soneros y de la herencia campesina que se traduce en formas muy

precisas de hacer la música. Es decir, en esta fiesta la identidad comienza a construirse como un vaso contenedor de la tradición, una herencia entendida como sistema estético definido de raíz histórica y mutable. El espacio social donde normalmente se lleva a cabo el fandango es la plaza central, lo que nos habla de la intención que tienen los individuos en poner a esta fiesta en un punto central donde muchas personas puedan acudir a ella y disfrutarla. El fandango sería entonces la materia prima del rescate del son. Debido a que esta fiesta hace tiempo era llamada por los viajeros como “el verdadero espíritu del pueblo”, es en este espacio donde se dan “los lazos intersociales que dan origen a un sistema simbólico, donde se ejerce el saber técnico y se transmiten las bases de un conocimiento” (Cardona 201, 127).

El fandango en la región de los “Tuxtlas”

No todos los fandangos se viven de la misma manera a lo largo y ancho del sureste veracruzano, dependiendo el lugar es el estilo que se le da a esta fiesta. Es decir, no se expresa de la misma manera en “las llanuras del sotavento”, en “el istmo” y en “los Tuxtlas”, debido a que cada una de estas regiones tiene sus propias características singulares.

¿Pero qué es lo que delimita a una región cultural o cómo se podría concebir ésta? Primordialmente considero que son los actores sociales los que establecen a partir de referentes culturales los espacios que les son propios y el sentido que les imprimen; entonces una región cultural sería un “ámbito de identidad, pero no de una identidad inmanente sino de aquella que se expresa social y culturalmente; analíticamente esto implica que este tipo de regiones se configuran de manera dinámica y cambiante” (Tejera 1992, 58).

Los Tuxtlas se conciben como una región cultural también debido a cuestiones geográficas; a diferencia de las llanuras del sotavento y el istmo, ésta se encuentra en un espacio montañoso entre dos volcanes, el “San Martín” hacia el norte y el “Santa Marta” hacia el sur. Se encuentra integrada por tres municipios principales: Catemaco, San Andrés y Santiago Tuxtla; cuenta a la vez con una fuerte influencia indígena tanto nahua como popoluca.

La mayoría de personas que ejecutan los instrumentos durante la fiesta son campesinos que solo gustan de tocar por diversión, esto ha favorecido a que se mantenga un estilo propio a diferencia de las otras zonas donde el “son” se ha vuelto más un producto comercial y se ha fusionado con otros ritmos.

Algo de importancia es la relación que tiene la narrativa del son jarocho con el medio donde surge, en el caso de los “Tuxtlas”, ésta es una región que se compone de una selva tropical húmeda; durante la ejecución del fandango

podemos escuchar que algunos versos son una alegoría de la flora y la fauna del espacio donde se desarrolla. Tenemos “sones”, por ejemplo: “la guacamaya”, “la iguana”, “la tuza”, “el pájaro carpintero”, “la guanábana”, “el toro”, “el buscapiés”, “los chiles verdes”, tocados todos con un ritmo peculiar. Se puede ver aquí la relación que existe entre el hombre y la naturaleza, lo que nos puede hacer pensar hasta qué punto nos sirve las dicotomías como patrimonio “cultural/natural” e incluso también “tangible/intangible” debido a que el paisaje material está formando parte de todo un imaginario.

Las actividades económicas principales de la gente siguen siendo la agricultura y la ganadería, lo que refleja que la mayoría de estos “soneros” sean campesinos de las comunidades. En la tarima por ejemplo durante el baile de “el Toro Zacamandú” se ve la relación entre el hombre y sus actividades económicas.

La cabecera de la región sería el municipio de San Andrés Tuxtla, debido a que es el que cuenta con una mayor infraestructura urbana podría ser considerado como un centro económico. En la mayoría de los versos se reflejan las relaciones que tiene la gente, pues se nombran lugares de los tres municipios como Coyame, Tebanca, el Salto, la Encantada, Mimihua, el Vigía, los Chaneques, entre otros.

Acerca de la fiesta y el patrimonio cultural

Para mí el patrimonio cultural sería, haciendo una interpretación de lo que dice Catherine Héau (1997) las producciones simbólicas realizadas por el ser humano tanto tangible como intangible que generan sentimientos de pertenencia y que tienen un amplio reconocimiento y valor por un grupo determinado, o en su caso por toda la humanidad. A su vez el patrimonio cultural evoca valores identitarios, es socialmente significativo e históricamente trascendente. En este sentido para considerar al fandango como patrimonio cultural habría que considerar entonces como se puede interpretar una fiesta y qué relación puede tener ésta con la identidad de un grupo determinado, “en la ruptura festiva de la rutina el esquema de uso autocrítico del código que presenta el comportamiento humano es diferente” (Echeverría 2010, 177). Es decir, el momento festivo rompe de alguna manera con la vida cotidiana y muestra con mayor énfasis la “mismidad” de la colectividad.

En el caso del fandango “Tuxtleco” al ejecutarse se pone a prueba la identidad regional, pues se presenta de manera concreta y distinta al de otros lugares del sureste veracruzano. Según las entrevistas que obtuve por parte de algunos jaraneros que se encuentran en Xalapa, los sones es decir, la música ejecutada por los diferentes instrumentos como la jarana, la guitarra de son, la leona, presentan su propia peculiaridad. Los sones, según ellos son tocados de manera

más lenta dentro de los Tuxtlas e inclusive es más pausada la forma de cantar, me aseguraron algunos; con respecto al baile afirmaron que asistiendo a otros fandangos diferentes a los de la zona no pudieron ejecutar sus pasos de baile por que el ritmo de la música era más rápido.

En la narrativa de los versos, los jaraneros están conscientes de que en la ejecución de estos se hace una cierta alegoría de los lugares más frecuentados de la zona aparte de las cabeceras municipales; en algunas décimas inclusive se puede escuchar el nombre de algún versador reconocido de la zona. La vida cotidiana de los campesinos de la región de los Tuxtlas se convierte en poesía a través del fandango, pues éste refleja de alguna manera las actividades laborales de las personas.

“En la ruptura festiva entra en cuestión no solo la necesidad o naturalidad del código, sino la consistencia concreta del mismo, es decir, el contenido del compromiso que instaura la singularidad, individualidad, mismidad o identidad de un sujeto en una situación histórica determinada (Echeverría 2010, 178).

El fandango entonces no es solo una forma de diversión, sino un fenómeno cultural trascendente que plasma de alguna forma u otra toda una serie de factores que habla de la relación que existe entre el hombre y su paisaje, entre las personas, una historia que nos habla del mestizaje que se ha vivido en nuestro territorio. Es el momento en que la gente de forma inconsciente habla a través del baile, de la música y de la vida cotidiana que se lleva a cabo dentro de esta región. A través de este momento en ruptura las personas pueden manifestar muchas de las cosas que viven día a día, haciendo así de un momento de goce, algo que habla de su configuración imaginaria.

Los elementos que configuran el repertorio formal que caracteriza al son jarocho como género conforman un código que al reivindicarse como propio de un espacio construido históricamente permiten elaborar un discurso de afirmación identitaria al reproducirse técnicamente. Antes de que hubiera una mayor cantidad de información y música en la región por el ingreso de los medios de comunicación como la televisión y la radio, el fandango duraba aproximadamente de las 8 p.m. de un viernes a las 3 o 4 a.m. de un sábado es decir, casi toda la noche según me han contado algunas personas de edad avanzada. El fandango era entonces uno de los máximos entretenimientos de la comunidad, he inclusive se puede ver hasta la fecha que algunos de los bailes como “la iguana” o “el toro” funcionan como cortejo entre hombres y mujeres; en este sentido ésta fiesta puede ser vista como un territorio ganado a la modernidad es decir, que ha tenido la cualidad de poder sobrevivir aunque hay nuevas formas de entretenimiento a pesar de que ya no existan las condiciones que la privilegiaban frente a otras producciones culturales.

Una información importante que pude obtener gracias a las entrevistas fue que a diferencia de otras regiones en los “Tuxtlas” el aprender a tocar jarana, bailar y cantar es algo que se transmite de generación en generación y en un ámbito familiar a diferencia del Istmo, por dar un ejemplo donde el movimiento jaranero cobró una gran fuerza y diversas organizaciones han promovido que se toque este tipo de música de diversas formas.

El fandango es una fiesta que se transmite mediante la memoria colectiva es decir, “se trata de una corriente continua de pensamiento de una continuidad que no tiene nada de artificial, ya que solo retiene del pasado lo que aún está vivo o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que lo sustenta” (Halbwachs 2005, 119). Aprovechando esto quiero recalcar que el baile que se ejecuta en el fandango es algo que se transmite mediante técnicas corporales que se resguardan en el cuerpo.

Un punto importante que es necesario para abordar la identidad colectiva de un grupo es el sentido de pertenencia que tienen las personas a éste; en los comentarios que obtuve por parte de los jaraneros que siguen asistiendo al fandango pude darme cuenta de que dedican un tiempo de su vida cotidiana a la ejecución de sus instrumentos para ir mejorando. En el caso de las bailarinas algunas de ellas se reúnen entre semana para ensayar los pasos, esto me da a entender que las personas que se adentran en esta fiesta generan sentimientos que los identifican tanto con la región como con el fandango.

Actualmente, cuando nos referimos a la defensa del patrimonio cultural, hablamos del establecimiento de acuerdos entre los diferentes actores involucrados en la creación, reproducción y transmisión de ciertos elementos que poseen un peso simbólico como herencia del conjunto social, debido a esto considero que el fandango es parte de la identidad de los Tuxtlas pues representa algo tanto para los involucrados en esta fiesta como para la gente externa, aunque sea solamente de manera representativa. El son jarocho podría ser considerado como una forma de relatar la dinámica social, económica y cultural de la región lo que lo hace también un legado histórico.

A mi parecer el fandango es un claro ejemplo de que se tiene que diluir la dicotomía entre el patrimonio tangible e intangible, pues de alguna manera su narrativa está influenciada por el territorio es decir, por una base material. Es estrecha la relación que existe entre la construcción del paisaje y el son jarocho, pues hasta las mismas jaranas dependen de los árboles de la región; dicho en otras palabras el fandango “Tuxtleco” no pudo haber existido sin las haciendas de tabaco y caña, sin la selva y sin las actividades del hombre campesino en el campo.

Bibliografía:

Cardona, I 2011, '*Fandangos de cruce: la reapropiación del son jarocho como patrimonio cultural*', *Revista de literaturas populares*, Vol. 9, no. 1, PP. 130- 146. México, D.F.

Echeverría, B 2010, '*Definición de la cultura*', Fondo de Cultura Económica, México, D.F. P. 242.

García, Antonio 2006 'Fandango', en *El ritual del mundo jarocho a través de los siglos*, Instituto Veracruzano de Cultura, México, D.F.

Halbwachs, M 2005. '*Los marcos sociales de la memoria colectiva*', en G. Giménez Montiel, *Teoría y análisis de la cultura* Vol. 1, CONACULTA, México, PP. 118-130.

Héau, C 1997 'Patrimonio Tangible e Intangible', en *El patrimonio nacional de México*, Enrique Flores Cano (coord.) Biblioteca Mexicana Tomo 1, Fondo de Cultura Económica, PP. 83-92.

Tejera, H 1992, '*La identidad cultural y el análisis regional*', *Nueva Antropología*, Vol. 7, no. 41, PP. 47-58. México, D.F.